

LA LEGALIZACION

EL episodio tragicómico de la legalización del Partido Comunista Español ha terminado. Ha producido una larga inquietud, unos roces entre instituciones, una sensación de indecisión por parte del Gobierno. La legalización final —el sábado pasado— puede dar al Partido Comunista una sensación de triunfalismo que no hubiese sido necesaria: la sensación de que ha sido legalizado como a la fuerza, y no por el simple hecho de la naturaleza de la democracia. De que su fuerza es grande y de que, finalmente, ha ganado. Todo ello se habría podido evitar si se hubiese partido bien desde el principio. Es decir, si el Gobierno se hubiese limitado a una función de registrador y hubiese admitido, simplemente mediante una rutina burocrática, a éste y a todos los partidos que hubieran solicitado su inscripción, reservando a los Tribunales de justicia, en todos sus grados y escalones, la penalización necesaria para este o cualquier otro partido que posteriormente a su legalización cometiesen delitos contra la filosofía y la práctica de la democracia. Que deberán finalmente ser plasmadas en una Constitución que todavía no tenemos, puesto que no puede denominarse así a las antiguas Leyes Fundamentales modificadas o supervivientes que se complementan con unos cuantos Decretos de reforma. Aún así, el Gobierno no ha querido perder la cara en su decisión final, y ha aludido a la sentencia de la Sala IV del Tribunal Supremo como base para su legalización. Un recurso que probablemente no merecía la pena. Un Gobierno, sobre todo en situaciones como la actual de España, necesita más de una cierta "grandeur" al estilo de De Gaulle que de pequeñas astucias y juegos verbales.

QUEDA la legalización de los otros partidos cuyos expedientes fueron remitidos a la Sala IV del Supremo y que han merecido de ésta una respuesta prácticamente idéntica a la sentencia sobre la legalización del Partido Comunista. Cabe suponer que el tratamiento será igual, y que, finalmente, todos los partidos acabarán siendo legales mientras no cometan actos ilegales, como se supone la inocencia de todo ciudadano hasta que se prueba que ha dejado de tenerla. Todo ello son premisas democráticas.

LOS episodios previos a la legalización, que se inician con las paulatinas salidas de la clandestinidad de algunos militantes, continúan con la aparición de Carrillo y su detención y se plantean abiertamente con la nueva Ley de Asociaciones, han contribuido —aunque en menor medida que la propaganda anticomunista— a la magnificación del partido, a su conversión en eje y centro de la vida política nacional. Centrar todo el problema político de España en una cuestión de comunismo y anticomunismo es una aberración en la que previamente habían caído otros países que, mejor o peor, han ido saliendo de ella. Es un puro acto de maniqueísmo. Las derechas, las tendencias autocráticas, el sistema de vida irradiado desde los Estados Unidos en esta etapa histórica, consideraron comunismo a todo aquello que no eran ellos mismos, a todo aquello que buscaba unas nuevas formas de justicia social o de distribución de la riqueza. Se inventaron frases o palabras clave para la situación: criptocomunismo, compañero de viaje, tonto útil, kerenski... El fenómeno es antiguo y prácticamente lo describían ya Marx y Engels en las primeras palabras de su "Manifiesto" de 1848: "Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo".

TODAS las potencias de la vieja Europa se han unido en una santa alianza para conjurar ese espectro: el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los radicales de Francia y los policías de Alemania. ¿Cuál es la oposición que no ha sido acusada de comunismo por el poder? ¿Cuál es la oposición que, a su vez, no ha reenviado a sus enemigos de izquierda o derecha el hiriente epíteto de comunista? El fantasma del comunismo no deja de recorrer España casi ciento treinta años después de ser publicadas estas palabras, con la variante de que en este caso es el propio poder el que ha sido acusado de pro-comunista —o tonto útil, o kerenski— por su política de cambio: y las acusaciones se multiplican ahora por esta legalización tan a contrapelo, tan pasada de plazo y de momento. Si se miden los progresos realizados por el comunismo en estos ciento treinta años en el mundo entero, se comprenderá hasta qué punto ha sido grave el error del anticomunismo militante. Con sus manifestaciones militares: desde el cuerpo expedicionario y el "cordón sanitario" que cercaron a Rusia en 1917, hasta la guerra lanzada por Hitler contra la URSS y la "guerra fría" de Churchill y Truman en los últimos años cuarenta. Fenómenos de diversa índole han ido siguiendo en distintos momentos de la política mundial: el cerco de Cuba, que llevó a Fidel Castro a proclamarse marxista-leninista y a buscar el apoyo de la URSS, la intervención en China al lado de Chiang Kai-chek y los largos años de no reconocimiento que tuvieron que terminar, la guerra del Vietnam o la de Angola. Parece como si la derecha no fuese en absoluto capaz de comprender que la fuerza activa o la negación de las realidades por medio de las armas o de la diplomacia del avestruz no son eficaces. Hubo un cierto destello en Kennedy y fue apagado.

NO es nada desdeñable que el sector de la derecha española que encabeza el presidente Suárez, y que indudablemente tiene apoyos de poder real, haya comprendido en España que el Partido Comunista gana en la ilegalidad. La clandestinidad y el exilio le han sido propicios, a pesar de los enormes destrozos causados en sus filas por la persecución más dura, que se inició con un Tribunal especial —el de la masonería y el comunismo— y que no ha cesado prácticamente hasta ahora mismo. Que una gran parte se deba a su





En la sede del PCE, en la calle de Peligros, los comunistas celebran su legalización.

capacidad de organización, de supervivencia, a su tenacidad y a su fe. Pero hay una parte también que se debe achacar a sus propios enemigos. A los autocomunistas que han aumentado la importancia y la personalidad del partido con su propaganda contraria.

La legalización del Partido Comunista va a permitir ahora que se despeje mejor el campo político español. Parece desvanecerse con ella, y con la que debe ser inmediata de los otros partidos discriminados, la tendencia de la oposición a retirarse de las elecciones. Indirectamente también, el Gobierno actúa así contra la formación de bloques políticos de izquierda: con un Partido Comunista no legalizado, la oposición de la izquierda y de la derecha moderada se hubiese solidarizado. Ahora se va a abrir dentro de esta misma oposición, tan débilmente unida, una serie de brechas. La oposición de izquierdas había conseguido vencer el reflejo anticomunista, la posición de defensa frente al anticomunismo que la alejaba del partido, pero no ha vencido todavía otro de los grandes mitos políticos de nuestro tiempo, el del Frente Popular. La derecha es enormemente sensible a esa cuestión y está al acecho de cualquier forma de unión de la izquierda para denunciarlo; y la izquierda es temerosa ante esas denuncias. Ha bastado con que el PSOE —Felipe González— hablase de unas listas únicas de la oposición democrática para el Senado, con el fin de contrarrestar la enorme influencia que va a tener la derecha en esa Cámara —por las moda-

lidades de la elección y por la designación—, para que surjan ya las acusaciones de Frente Popular.

La izquierda fragmentada, expresada en infinidad de partidos, cada uno de los menores temeroso de perder su propia personalidad en una alianza con los grandes, no puede ganar estas elecciones. Puede haber grandes sorpresas en barrios, en zonas geográficas determinadas: puede haber grandes personalidades elegidas y enviadas a la Cámara, como magníficos tenores que canten el aria de la democracia. Pero no puede ganar. Como pequeño consuelo o renuncia a la mano de doña Leonor le queda el recurso de decir que va a ser la derecha la que herede los problemas económicos y sociales del franquismo, y que para ella será el desgaste, el terrible roce con la realidad diaria. No es una falsedad. Una izquierda gobernante en este año se enfrentaría no sólo con esos problemas reales del país, sino también con la enemistad y el desafío de los grandes círculos de poder que sobreviven a todas las disoluciones posibles del Movimiento. Pero en política sólo hay una norma válida: gobernar. Si la oposición democrática se deja llevar por otro gran espectro de nuestro tiempo, el del allendismo —o la izquierda que no pudo gobernar aun gobernando y que fue asesinada finalmente, y no sólo desde un punto de vista metafórico—, es que no comprende bien las lecciones de la Historia. Ni Chile ni Portugal son asimilables a la situación actual española. Pero tampoco Grecia.

SIN necesidad de creer que el resultado de las elecciones próximas —aunque todavía no convocadas— represente la distribución auténtica de la opinión pública en España, porque estarán mediatizadas por todos los arrastres históricos y por todas las mecanizaciones que conocemos, podemos pensar que a partir de ellas se empezará a saber cuál es la realidad de cada partido. Y se situará al Partido Comunista en su verdadero puesto, que no debe ser el que le atribuyen las derechas cerradas. Y se comenzará también a tamizar a los partidos pequeños y a producirse alianzas auténticas entre todas las agrupaciones políticas actuales. Hay ya una tendencia hacia la unificación, tanto en la derecha como en la izquierda, de fuerzas de signos parecidos. Hasta ahora los partidos son las personas, el prestigio o el dinamismo que ejercen sus dirigentes o la magia de sus siglas. Debe llegar un momento en que sean sus programas y su capacidad para llevarlos a cabo los que produzcan el doble arrastre de militantes por un lado, de votantes por otro, que determinen el proceso histórico de España.

SIEMPRE que fuerzas artificiales no se opongan a ello. Siempre que se produzcan los procesos democráticos con la mayor cantidad posible de juego limpio. El Gobierno, que al legalizar al Partido Comunista entra en el terreno del juego limpio, ha perdido algo de su imagen al hacerlo de una manera que parece impuesta. Tiene tiempo para fabricar otra imagen. ■